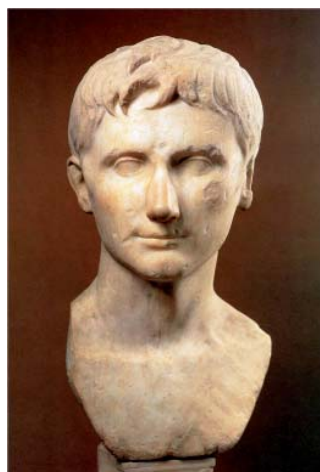


# HISTORIA

## AQUELLA TERRIBLE PRIMAVERA DEL 45 A.C.

Por  
ANTONIO CABALLOS RUFINO  
Catedrático de Historia Antigua  
Universidad de Sevilla



AUGUSTO



TIBERIO

EL 6 de junio de 2006 fue presentada en el Paraninfo de la Universidad de Sevilla la edición del nuevo libro sobre el bronce de Osuna (A. Caballos *et al.*, *El nuevo bronce de Osuna y la política colonizadora romana*, Sevilla 2006, ISBN 84-472-1049-9). Concluía así un largo, arduo e intenso período de restauración y estudio de este trascendental documento, que contiene los capítulos XIII al XX, hasta ahora inéditos, del estatuto de la *colonia Genetiva Julia*, fundada siguiendo la instrucción de Julio César en el solar de la primitiva ciudad turdetana de *Urso*, y sobre la que se asentaría una segunda hornada de colonos por decisión de Augusto.

Por su significación patrimonial e histórica, la recuperación de una nueva tabla de este documento resulta un acontecimiento científicamente extraordinario. Se trata de la más antigua ley hispana llegada directamente hasta nuestros días, a la que pertenecen asimismo las tablas encontradas a mediados del siglo XIX y depositadas en el Museo Arqueológico Nacional en Madrid. Resultando, de todo el mundo romano, el único ejemplo conocido por extenso de la normativa que regía la vida de una colonia, la de Osuna se convierte así en el paradigma de las muchas fundadas a fines de la República y comienzos del Imperio. Decisión directa y personal de los principales protagonistas de la época, expresando la voluntad política, primero de Julio César, luego de Marco Antonio, y, por último, de Augusto, el texto se grabó en bronce durante el reinado de este último, todo lo más, a comienzos del de Tiberio, para ser expuesto orgullosamente en el lugar más importante de la antigua ciudad romana de Osuna.

Este bronce epigráfico permite evidenciar algunos de los argumentos esenciales de la gestación del Imperio, fenómeno cenital en la historia de Occidente, que, como la más definitiva aportación política de Roma, condiciona aún nuestros destinos. Pero es importante no sólo hoy. La inscripción tuvo también en su momento un extraordinario valor, una altísima significación. Es por ello por lo que las gentes de la Osuna romana la publicaron grabada en tablas de bronce fijándola en el sitio público de más honor en su ciudad. Todos debían verla, no sólo como expresión de la normativa que regía la convivencia cívica, sino también como máximo exponente del poder y de la supremacía ideológica de Roma, expresión de la *maiestas populi Romani*, de la absoluta supremacía de Roma.

César y Augusto cambiaron el mundo. Hasta el punto de que hoy, Europa existe porque estos dos personajes también fueron los protagonistas de la transformación de la Roma Imperial en el Imperio romano. Ellos transmutaron un conjunto heterogéneo de ciudades en un mundo orgánico, donde se hicieron compatibles la autonomía municipal con las tendencias a una homogeneización administrativa. Un mundo mediterráneo unido por una única moneda y una lengua común. El Imperio romano equivale a un amplio conjunto de ciudades autónomas, ligadas por el común denominador de sus estatutos municipales, hechos a la imagen y semejanza de Roma. Y si conocemos estos estatutos de comienzos del Imperio es a través, casi exclusivamente, de la ley de la colonia Genetiva Julia, que se convierte por ello en un texto único y excepcional. Su análisis en profundidad ha permitido conocer mucho mejor el proceso de fundación colonial, que se nos muestra ahora mucho más complejo, largo y difícil de lo que se había supuesto.

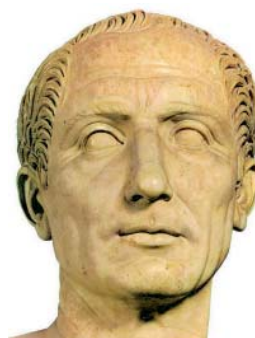
Para contextualizar históricamente este documento histórico de primerísima magnitud, del que, como protagonistas, los ursaonenses de hoy pueden sentirse legítimamente orgullosos, debemos remontarnos a finales del 60 o ya a comienzos del 59 a.C. Por entonces, los tres más poderosos políticos romanos del momento –César, Pompeyo y Craso– suscribieron un acuerdo de no injerencia recíproca, el que conocemos como “Primer Triunvirato”, que les permitía desarrollar sus ambiciones personales frenando las cortapisas del Senado. Sin embargo, y tras una renovación interina del acuerdo el año 56, la muerte de Craso el 53 y las fricciones que pronto surgieron entre Pompeyo y César desembocaron en enfrentamiento abierto, cuando el primero de enero del 49 a.C., el Senado romano, poniéndose de parte de Pompeyo, conminó a César a licenciar sus tropas, con las que acababa de someter la Galia, antes de presentar su candidatura al consulado. Como respuesta, el 10 de enero César cruzó al frente de su ejército el río Rubicón, la frontera entre la Galia Cisalpina e Italia. *Alea iacta est!* (“¡que corran los dados!”). Con aquel acto anticonstitucional iniciaba el conflicto armado.



JULIO CÉSAR



MARCO ANTONIO



JULIO CÉSAR



POMPEYO MAGNO

Ante la incapacidad de hacer frente a las tropas cesarianas, que velozmente se acercaban a Roma, Pompeyo huyó a Oriente, esperando reforzar allí su posición. Mientras, lo más granado de los ejércitos propompeyanos estaba acantonado en Hispania: cinco legiones en la provincia Citerior comandadas por los legados Afranio y Petreyo, y dos legiones en la Ulterior al mando de Varrón. César, visto su fracaso en el intento de congraciarse con el Senado, tomó la iniciativa, decidiendo combatir primero las fuerzas propompeyanas en Hispania, antes que perseguir al general de éstas en Oriente.



La campaña militar se desarrolló en la Hispania Citerior, en torno a *Ilerda* (Lérida), entre mayo y agosto del 49. Con su triunfo sobre tropas superiores en número, se puso una vez más en evidencia el genio militar de César. Visto el resultado, las ciudades de la Hispania Ulterior, una tras otra, se apresuraron a hacer defección del gobernador Varrón. Sin embargo, la oposición a Varrón y el generalizado apoyo a César fueron en la provincia meramente coyunturales, tal como se manifestó inmediatamente tras el retorno de Julio César a Roma a fines del año 49 a.C.

Los acontecimientos se iban precipitando. El ejército de Pompeyo fue derrotado por César en agosto del 48, en la llanura de Farsalia, en la costa del Epiro, en Grecia. Allí intervino un nutrido contingente de hispanos, en torno a los 50.000 hombres, fieles a Pompeyo Magno como lo habían sido al padre de éste durante la Guerra de los aliados, y como habrían de serlo a sus hijos no mucho después en la misma Hispania. Tras la batalla, Pompeyo pudo huir, pero finalmente fue asesinado el 28 de septiembre en Alejandría por orden de Ptolomeo XIII. No obstante, la guerra de César contra las tropas senatoriales siguió en Oriente y, tras una corta estancia en Roma donde fue designado nuevamente dictador, en África. Allí una nueva victoria, esta vez en Tapso, en Túnez, el 6 de febrero del 46, contra Marco Porcio Catón y Quinto Cecilio Metelo Escipión.



Mientras, el partido pompeyano había rebrotado en Hispania, a donde acudieron los hijos del difunto Pompeyo Magno, Gneo y Sexto, para acaudillar el movimiento. El resurgimiento de la guerra se hacía inevitable, pues si bien el mar estaba controlado

por César, el territorio se había manifestado mayoritariamente a favor de los pompeyanos. Así que a fines del año 46 a. C., Julio César debió regresar precipitadamente a la Hispania Ulterior, efectuando un rapidísimo viaje desde Roma en sólo 27 días, marchando en dirección a la capital provincial, *Corduba*. Con ello Gneo Pompeyo se vio forzado a levantar el asedio a que sometía a la procesariana *Vlia* (Montemayor), y marchar en apoyo de la capital, defendida a la sazón por su hermano Sexto. César retiró prudentemente el cerco, iniciándose así una nueva fase de guerra de movimientos en pleno invierno del 46. Primero marchó sobre la rica *Ategua* (Teba), a la que César sitió, siguiendo una táctica ya bien experimentada por él en la Galia. La caída de esta ciudad supuso un primer punto de inflexión en la contienda, dado que, quebrada la confianza en las fuerzas de Pompeyo, muchos comenzaron a pasarse al bando cesariano. La indecisión de Gneo Pompeyo se mostró como la más firme aliada de César. Con ello la guerra se volvió itinerante, trasladándose el escenario de uno a otro punto de las campiñas béticas, en dirección al suroeste, hacia el corazón de la Turdetania, epicentro de la fidelidad a Pompeyo.

Aquí surge, recurrentemente, la ciudad de Vrso (Osuna), que tenía un claro protagonismo como bastión del partido pompeyano, de lo que se hace eco el *Bellum Hispaniense*, obra escrita por un cesariano y la principal fuente de conocimiento para seguir la contienda en el sur de Hispania. En el capítulo 26, su anónimo autor relata el contenido de una carta de Pompeyo a los de *Vrso* (citada en la forma *Vrsao* en la tradición manuscrita) al objeto de elevarles la moral, describiendo el panorama de un enemigo bisoño, a la defensiva y reacio al combate, mientras que, al contrario, era en realidad Pompeyo quien evitaba la batalla:

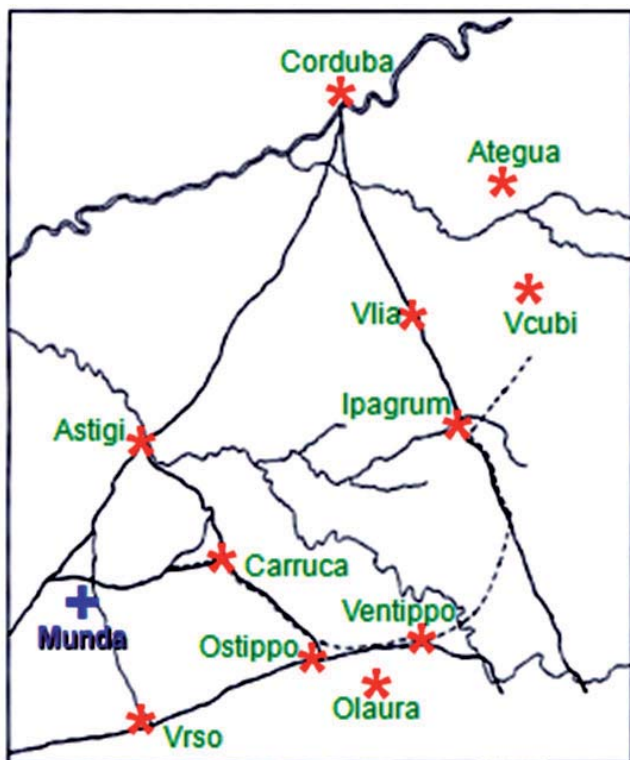
Este día fue interceptada una misiva que Gneo Pompeyo enviaba a Vrso. 'Si os encontráis bien, me alegro; yo me encuentro bien. En lo que se refiere a nuestra fortuna, aunque hasta el momento han sido rechazados los adversarios conforme a lo esperado \*\*\* si se atreviesen a presentarse en un lugar llano, yo ya hubiese puesto fin a la guerra más rápidamente de lo que creéis; pero no se atreven a llevar a campo abierto a un ejército de reclutas y alargan la guerra, confiados hasta ahora en el provecho que sacan de nuestras posiciones; así han asediado las plazas, una por una, y de ellas obtienen sus provisiones. Por ello conservaré las plazas que están de nuestra parte y a la primera ocasión acabaré la guerra. Tengo intención de enviaros \*\*\* cohortes. Ciertamente, una vez que se encuentren privados de nuestras provisiones, se verán obligados a presentar batalla (traducción de P. J. Quetglas para la Biblioteca Clásica Gredos).



Por su parte, en el capítulo 28 del *Bellum Hispaniense* se insiste en la carta enviada por Pompeyo a los ursonenses, descritos como fieles partidarios de Pompeyo, mientras que las tropas cesarianas ya se habían trasladado primero hacia el suroeste, donde tomaron *Ventipo* (Atalaya de Casariche), luego hacia el oeste, junto al *campus Mundensis* (los Llanos del Águila), donde Cesar estableció su campamento:

Al día siguiente, cuando César se disponía a emprender la marcha con sus tropas, unos exploradores le informaron de que el ejército de Pompeyo se encontraba en formación de combate desde la tercera vigilia. Una vez que le llegó este aviso, César dio la orden de izar su estandarte. La realidad era que Pompeyo había sacado sus tropas

debido a que, con anterioridad, había enviado a los ursonenses, que eran partidarios suyos, una carta en que decía que César no quería bajar al valle, por contar con un ejército formado en su mayor parte por reclutas. La carta pretendía reforzar grandemente el ánimo de los ciudadanos. Confiado, pues, en esta suposición, consideraba que no podía maniobrar con plena seguridad; y, ciertamente, no le faltaba razón para pensar así, pues sus tropas contaban con la protección de la naturaleza del terreno y con las fortificaciones de la propia plaza donde tenía ubicado el campamento. Y es que, como hemos indicado más arriba, este terreno elevado se encuentra rodeado por colinas, separadas de vez en cuando por una llanura; y éstas eran las circunstancias que se daba en este caso (traducción de P. J. Quetglas para la Biblioteca Clásica Gredos).



El encuentro decisivo entre ambos ejércitos tuvo lugar el 17 de marzo del 45 a. C. en la famosa batalla de *Munda*, en las proximidades de Lantejuela. Pompeyo contaba con trece legiones, más caballería y 6.000 soldados de infantería ligera en los flancos, así como un número indeterminado de tropas auxiliares, hasta alcanzar los 70.000 efectivos, mientras que César disponía de ochenta cohortes y ocho mil jinetes, en total unos 40.000 hombres, menos en número que sus enemigos, pero más cohesionados, mucho mejor entrenados y con una dilatada experiencia en el combate.

En el campo de batalla de *Munda* se iba a dirimir entonces y de manera decisiva el destino del mundo. Se oponían dos maneras de concebir la acción política, dos maneras de enfrentarse a los retos del presente, el intento de conciliar acción y tradición, en el campo pompeyano, o el libre ejercicio de la acción política con el solo límite de los intereses partidarios por parte cesariana. Se trataba asimismo de una guerra internacional, no sólo por haberse convertido el sur de Hispania en el último y más definitivo escenario de una contienda global, sino por el origen de las tropas enfrentadas, hispanos de toda procedencia, romanos de Hispania y de allende el mar, pero también fuerzas venidas del norte de África, el mauritano Bocco del lado de Pompeyo, Bogud del de César.

Según describe el autor del *Bellum Hispaniense*, protagonista de los acontecimientos que narra, "hacia un tiempo magnífico, un día sereno y transparente". Un típico día de primavera andaluza. Pero aquel día de mediados de marzo del 45 a.C. las tierras béticas se iban a teñir de sangre. El historiador Tito Livio (*Per.*

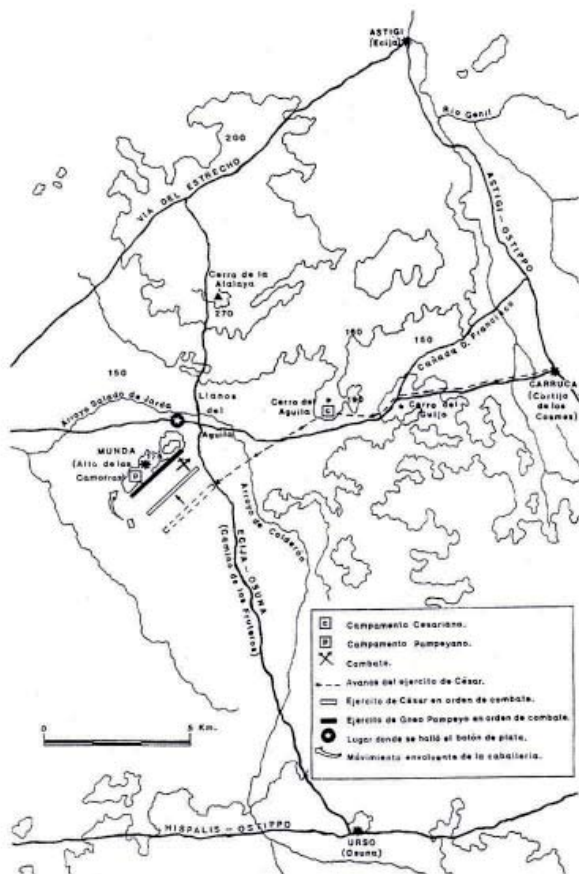
115), anuncia la verdadera significación de lo acontecido: «[César] trasladándose a Hispania contra Gneo Pompeyo, después de diversas campañas de una parte y otra, y de tomar algunas ciudades, consiguió junto a Munda, con grave peligro, una victoria decisiva...». Se trató, no sólo de un conflicto socio-político, como se planteaba desde Roma, sino que a éste se le añadió en la provincia un cambio radical de la forma de dominación. Como consecuencia de la victoria cesariana se iba a sustituir un control abierto del territorio, en la línea de la tradición púnica y según un proceso de incorporación mantenido por los romanos hasta Pompeyo, por un dominio dirigido, hacia la plena integración que representa el Imperio.



El autor del *Bellum Hispaniense* detalla pormenorizadamente en el capítulo 31 el desarrollo de la batalla. Dejémosle a él la palabra:

Se inicia el combate en medio de un gran griterío. Entonces, aunque los nuestros los superaban en valor, los enemigos se defendían arduamente desde la posición más elevada que ocupaban, y de ambas partes se levantaba un fuerte griterío y se producían arremetidas con lanzamiento de proyectiles, de manera que los nuestros casi desesperaban de la victoria. Las cargas y el griterío, las dos cosas que más aterrorizan al enemigo, eran parejas en aquella batalla. Así, habiendo demostrado uno y otro bando igual valor en la lucha, un gran número de adversarios cae, atravesado por los dardos, y se va amontonando. Como ya hemos indicado, los soldados de la décima legión ocupaban el ala derecha; éstos, pese a ser inferiores en número, sin embargo, gracias a su valor, imprimían con su comportamiento un gran temor en las huestes enemigas, ya que desde su posición empezaron a presionar con tal fuerza al enemigo que éste empezó a desplazar una legión para reforzar el ala derecha, a fin de que los nuestros no los desbordasen por el flanco. Tan pronto como esta legión se puso en movimiento, la caballería de César empezó a presionar el ala izquierda y a combatir con extraordinario valor para conseguir que aquella legión no tuviera oportunidad de acudir en ayuda del otro extremo del frente. Así, habiéndose mezclado el griterío con los gemidos y llenado los oídos con el estrépito que produce el entrechocar de las espadas, las mentes de los que estaban faltos de experiencia se paralizaban de miedo. Entonces, como dice Ennio: "un pie con otro se traba, las armas se afilan unas a otras", y los nuestros, combatiendo con gran ímpetu, empezaron a hacer retroceder a los adversarios, que encontraron refugio en la ciudad.

Así, en el mismo día de las fiestas consagradas a Liber, desbaratadas y puestas en fuga, las fuerzas enemigas no habrían logrado sobrevivir si no se hubiesen refugiado en el lugar del que habían salido. En este combate murieron alrededor de treinta mil hombres, o incluso algunos más, aparte de Labieno y Atio Varo, a los que, una vez muertos, se les rindieron exequias fúnebres; asimismo, murieron unos tres mil caballeros romanos, de la propia Roma y otros provinciales. Nuestras bajas fueron de unos mil hombres, contando caballería e infantería; los heridos fueron unos quinientos. Se le tomaron al enemigo trece águilas, además de las enseñas \*\*\* y las fasces \*\*\*; a éstos se los contó entre los enemigos (traducción de P. J. Quetglas para la Biblioteca Clásica Gredos).



CROQUIS DE LA BATALLA DE MUNDA

Color y detallismo en la descripción, incluso con pretensiones literarias al remitir a una cita del poeta épico Ennio, pero, como no podía ser menos en quien había vivido –y sufrido– en sus propias carnes las impresiones de la batalla desde las filas cesarianas, el relato adolece de una absoluta parcialidad, ocultando hasta qué punto había llegado la indecisión del desenlace.



DENARIO DE GNEO POMPEYO

En esta ocasión, la importancia que la literatura concedió al acontecimiento viene en nuestra ayuda posibilitando el contraste con otras fuentes de información. Por orden cronológico la siguiente de las llegadas a nosotros corresponde a P. Annio Floro, que, a caballo entre los siglos I y II d.C., también describe las guerras de Hispania. Admirador de César, no oculta sin embargo en su descripción las dificultades extremas que hicieron dudar del logro de una victoria cesariana:

La batalla de Munda fue la última de todas. No se desarrolló para César esta batalla con su anterior felicidad, sino que fue penosa y largamente sangrienta, de modo que claramente se veía que alguna cosa deliberaba la Fortuna. Y en verdad que el mismo César antes de la batalla estaba más triste y no como acostumbraba, sea porque considerase la humana fragilidad, o porque desconfiase de la ininterrupción de su excesiva prosperidad, o porque temiese el mismo fin que Pompeyo, puesto que había empezado como él. Y en pleno combate –cosa nunca vista antes por nadie–, después de mucho tiempo de lucha igualada, sin conseguirse otra cosa que matar, en medio del ardor de la refriega, se produjo entre ambos bandos un gran silencio, como si se preguntasen todos: “¿Hasta cuándo?”. Y entonces ocurrió –¡oh vergüenza!– lo que no estaban acostumbrados a ver los ojos de César: el ejército de los veteranos, probado en catorce años de luchas, retrocedió. Y aunque no huían todavía, se veía sin embargo que resistían más por vergüenza que por valor. Entonces César, dejando el caballo, corrió como enloquecido hacia la primera línea. Retuvo a los que huían, reanimó a los mandos, suplicó, exhortó, increpó, recorriendo toda la línea y expresándose con los ojos, la voz y el gesto. Dícese que en aquel furor pensó en los recursos extremos, y que su rostro manifestaba su resolución de anticiparse a la muerte con su propia mano. Pero en aquel momento cinco cohortes enemigas que Labieno enviaba para socorrer al campamento en peligro, corriéndose a lo largo de la línea, hicieron creer que se daban a la fuga. Creyólo César, o, astuto, aprovechó esta ocasión, y como atacando a un enemigo en derrota, levantó el ánimo de los suyos y desbarató al adversario. Pues los unos, al creerse vencedores, avanzan con más ardor, y los pompeyanos, pensando que los suyos huían, empezaron a huir. Cuanto fuese el destrozo de los enemigos y la ira y rabia de los vencedores, puede juzgarse por este hecho: refugiados aquéllos en Munda y habiendo ordenado César asediar a los vencidos, se levantó un terraplén con montones de cadáveres, trabados entre sí por medio de lanzas y chuzos, hecho horrible hasta entre bárbaros (Floro 2, 13, 77-85, traducción de E. Valentí Fiol para las *Fontes Hispaniae Antiquae V*).

Tras éste, Apiano, historiador alejandrino que escribió hacia el 160 d.C. una bien documentada *Historia de Roma*, refuerza con tintes dramáticos la desesperación de César:

Una vez trabado el combate, el miedo seguía atenazando al ejército de César y al miedo se añadió la duda. César, tendiendo las manos hacia el cielo, suplicó a todos los dioses que no se ensuciaran en un solo combate muchos hechos de armas gloriosos, y, corriendo entre sus soldados, les infundía coraje e incluso se quitó el casco de su cabeza y, cara a cara, les espetó su actitud vergonzosa y los animó. Pero, ni aún así, trocaron su temor, hasta que César arrebató el escudo a uno y dijo a los oficiales que le rodeaban: “Éste será el final de mi vida y de vuestro servicio militar”. Luego saltó delante de la línea de batalla en dirección al enemigo hasta que estuvo tan sólo a unos diez pies de ellos; doscientos dardos fueron disparados contra él, algunos de los cuales pudo esquivarlos, pero otros impactaron en su escudo. En aquel momento, cada uno de sus oficiales corrió hacia adelante y se colocó a su lado y todo el ejército se lanzó con ímpetu y luchó todo el día, con ventajas y reveses alternativos, hasta que, a la caída de la tarde, logró con dificultad la victoria. Y dicen que él había dicho, con motivo de esta ocasión, que numerosas veces había peleado por la victoria, pero que en ésta lo había hecho por su vida (Apiano, *Guerra Civil*, 2, 104, traducción de A. Sancho Royo para la Biblioteca Clásica Gredos).

Por su parte, el último de nuestros referentes, Quinto Casio Dion Coceyano, un griego de la Bitinia que revistió altos puestos en la administración romana en época de los Severos, no le queda a la zaga a Apiano, ampliando los detalles del combate, la desesperación a que llevaba la incertidumbre por uno y otro bando, y el paroxismo tras la victoria conseguida *in extremis* por las tropas cesarianas:



MUNDA

Los auxiliares fueron pronto rechazados por ambos lados y puestos en fuga, pero los legionarios combatían por la mayor parte cuerpo a cuerpo. Nadie cedía, sino que firmes en su sitio mataban y morían, como si cada uno hubiese de ser responsable ante los demás de la victoria o de la derrota. Y por esto no se preocupaban de ver si sus aliados combatían, sino que se esforzaban con todo su ánimo como si luchasen solos. Ni se cantaba ningún himno ni se escapaba un gemido de nadie, sino que gritando todos “¡Golpea, mata!”, se adelantaban muchas veces a la voz con el hecho. Contemplando estas cosas desde sus caballos y desde lugares elevados, César y Pompeyo no sabían si esperanzarse o desesperar, sino que asaltados por encontrados pensamientos, sufrían tanto por el temor como por la esperanza. Pues quedando indecisa la lucha, sufrían terriblemente, tanto por la vista, esperando percibir alguna ventaja y recelando ver algún descalabro, como con el espíritu, ansiando una cosa al mismo tiempo que temían otra, sucesivamente animándose y decayendo. De modo que no pudieron soportarlo mucho tiempo, sino que descabalgando se mezclaron en la refriega. Prefirieron así entregarse al peligro y a la fatiga del cuerpo, a aguantar la tensión de su alma, esperando poder dar con su intervención un impulso decisivo a sus soldados, o, si fracasaban en su empeño, perecer con ellos (Casio Dion 43, 37, traducción de E. Valentí Fiol para las *Fontes Hispaniae Antiquae V*).



BALA DE PLOMO POMPEYANA

Y los jefes mismos empuñaron las armas. Pero no produjo este hecho superioridad en ninguno de los dos bandos, antes aumentó en todos los soldados por igual el desprecio de la propia vida, al ver que aquéllos compartían sus peligros, y les animó un mayor ímpetu para

aniquilar al enemigo. Y así por entonces nadie se dio a la fuga, sino que, iguales en la determinación, lo eran también en la fuerza de sus brazos. Y hubieran muerto todos, o la noche los hubiera separado sin decisión, si Bogud que estaba fuera de la refriega no se hubiese dirigido hacia el campamento de Pompeyo. Labieno, al advertirlo, salió de su puesto y se dirigió contra él. Los pompeyanos, creyendo que huía, perdieron coraje, y sólo más tarde conocieron la verdad, pero no pudieron ya reponerse, sino que huyeron unos hacia la ciudad y otros hacia el campamento, pero resistiendo siempre vigorosamente a los que les perseguían y no cayendo sino cuando estaban rodeados por todas partes. Los refugiados en la ciudad defendieron por mucho tiempo sus murallas, de modo que no pudieron tomarse sino cuando ya todos habían perecido en sus irrupciones. Y tal era el odio de que estaban poseídos los romanos de ambos bandos, que no teniendo con que circunvalar la ciudad de modo que los de dentro no pudiesen escaparse por la noche, amontonaron a su alrededor los mismos cadáveres de los caídos (Casio Dion 43, 38, traducción de E. Valentí Fiol para las *Fontes Hispaniae Antiquae V*).

Los pompeyanos, en desbandada tras la derrota, se refugiaron en la ciudad de Munda, a la que los de César pusieron cerco. Mientras, para su general, Gneo Pompeyo, la huída era la única esperanza de salvación. En vano, pues a poco y tras una serie de incidentes, habría de morir no lejos de Carteia, junto al estrecho de Gibraltar. César se dirigió a Corduba, donde se encontraba el menor de los Pompeyos, Sexto, dejando el asedio de Munda en manos de su lugarteniente Quinto Fabio Máximo. Lo largo del asedio llevó a muchos de los de Munda a entregarse. La conjuración de los rendidos con los que aún quedaban en la ciudad acabó en desastre, siendo masacrados cuando intentaban una actuación conjunta contra el ejército cesariano. Fabio Máximo tomó finalmente la localidad.



JINETE TURDETANO DE VRSO  
(MUSEO DE SAINT GERMAIN EN LAYE)

Nada se interponía ya entre los cesarianos y Vrso, nuestra Osuna, a la que el mismo Quinto Fabio Máximo se encargó de poner asedio. El apego de los ursonenses a Pompeyo y el terrible destino a que se vieron abocados tanto los habitantes de Munda como los de Corduba, hace suponer un no menos trágico desenlace para los defensores de Vrso. Pero éste constituirá ya otro relato.

